

Entre la guerra y el diálogo

Demetrio Boersner*



AP

En agosto y septiembre de 2013, los estadistas de diversos países del mundo tuvieron que encarar la disyuntiva entre la acción armada y la negociación

Ante el trágico conflicto civil de Siria (más de 100 mil muertos y millones de personas desplazadas) y el aparente uso de armas químicas ilegales por parte de la dictadura gobernante, las potencias occidentales tuvieron que decidir entre la opción de una intervención militar, con apoyo de la OTAN pero sin la autorización de las Naciones Unidas, y la de proseguir en la búsqueda de una solución política multilateral.

Aunque el dilema tiene un cariz ético que salta a la vista —no debería quedar impune una criminal violación de la prohibición del uso de gases letales—, del otro lado Siria forma parte de la zona geoestratégica más importante del mundo, y es objeto de la rivalidad entre grandes potencias. Los Estados Unidos —culpables ellos mismos de pasadas acciones de guerra química— representan los intereses energéticos y estratégicos del Occidente. Rusia, por su parte, apoya al régimen de Damasco no porque cree en su bondad, sino porque es su satélite en el juego estratégico global y su puerta de entrada al Mediterráneo. Francia, aliada de EE.UU., toma cartas en el asunto porque es la antigua potencia colonial que dominaba a Siria y conserva intereses allí.

Por otra parte los rebeldes sirios, parcialmente apoyados por el Occidente, no representan una alternativa claramente liberadora. Aunque en su seno militan auténticos representantes de la *primavera árabe*, crece la influencia de grupos islamistas radicales que aspiran a la erección de una teocracia totalitaria.

Desde un punto de vista democrático internacional, lo más deseable sería una solución política negociada, que alentara a las corrientes liberales y reformistas de Siria e impidiese tanto la continuación de la dictadura de Asad como la implantación de un totalitarismo islamista. Una acción militar unilateral del Occidente exacerbaría más las pasiones y afectaría negativamente al orden internacional global. Afortunadamente, el presidente Obama desistió de tal acción inmediata, en aras de esperar la decisión del congreso estadounidense y, posiblemente,

reanudar la búsqueda de un magno acuerdo con Rusia para un equilibrio de los intereses de las potencias en el *heartland* mesoriental.

COLOMBIA: UNA APUESTA RIESGOSA

Se cumplió un año desde la iniciación de las negociaciones de paz abiertas por el presidente Santos con las FARC. Muchos observadores internacionales se preocupan al ver a un gobierno democrático por su origen y su desempeño, aparentemente cediendo terreno a una fuerza totalitaria que se comporta con arrogancia y aprovecha toda oportunidad para ampliar su influencia. Estos observadores lamentan el abandono de la exitosa estrategia del presidente Uribe quien, sin salirse del terreno de la constitucionalidad democrática, golpeó en forma implacable a los rebeldes con miras a forzarlos a la rendición incondicional, y casi logró ese objetivo. Desde un punto de vista democrático y propugnador de mayor igualdad y justicia social, no debemos hacernos eco sin reservas de tales opiniones pesimistas (quizás tendientes a alentar el inmovilismo social), sino *darle chance* al proceso de paz colombiano. Creemos, sin embargo, que el presidente Santos debe estar alerta ante los peligros arriba señalados, y en ningún caso mostrarse tímido ni bajar la guardia en los ámbitos de la defensa y la seguridad.

RETOS AL MUNDO HISPÁNICO: MALVINAS Y GIBRALTAR

En la Gran Bretaña, gobernada desde 2010 por una coalición conservadora-liberal, el primer ministro conservador, David Cameron, tiende a asumir actitudes petulantes frente a problemas internos e internacionales, particularmente con países del ámbito iberoamericano: Argentina y la propia España.

El archipiélago de las Malvinas ha sido objeto de disputas internacionales durante siglos, pero no cabe duda de que navegantes españoles fueron sus primeros descubridores y colonos. Por el *uti possidetis iure* de 1810, Argentina ratificó su soberanía sobre las Malvinas y ejerció una presencia tenue pero efectiva en ellas hasta 1833, cuando la Gran Bretaña se las arrebató por un acto de fuerza naval. Una pequeña población de origen británico (actualmente, alrededor de 3 mil personas) fue asentada en el archipiélago, donde se dedica a la cría de ovejas, la pesca y otras actividades.

Después de 1945, las Malvinas fueron incorporadas a la lista de territorios que debían ser descolonizados. Argentina y la Gran Bretaña entablaron conversaciones sobre posibles esquemas de transición. Ese proceso quedó interrumpido por la invasión militar argentina de las Malvinas en 1982: acto alocado de una dictadura militar



VANGUARDIA LIBERAL

tambaleante. La Gran Bretaña derrotó a las fuerzas armadas argentinas y recuperó el archipiélago. Desde entonces están interrumpidas las conversaciones bilaterales, pero Argentina, ahora democrática, sigue reclamando sus derechos y quisiera llevar el caso ante la ONU. Desde 2012 ha vuelto a crecer la tensión entre Londres y Buenos Aires, con medidas de restricción y exclusión, y expresiones airadas y arrogantes, sobre todo por parte del señor Cameron. Él se basa ahora en el principio de la autodeterminación, aplicándolo a la minúscula población británica de Malvinas, de 3 mil personas que obviamente votaron a favor de su nación de origen. Pero hay que tomar en cuenta que la autodeterminación debe ser *nacional* y que es poco convincente la aplicación del término *nación* a grupos tan minúsculos dentro de una población mundial de seis mil millones. (En tiempos del colonialismo, a veces se deportaba a decenas de miles de personas de un país a otro sin consultarlas).

De modo similar, el señor Cameron ha buscado camorra con España. El peñón de Gibraltar, que domina el paso del Mediterráneo al Atlántico, fue arrebatado a España por Inglaterra en la Guerra de la Sucesión Española y puesto bajo control británico por el tratado de Utrecht de 1713. En violación de ese tratado, la Gran Bretaña incorporó Gibraltar a su imperio colonial de manera total, desoyendo las protestas españolas que fueron reforzadas en 1954 por el general Franco. Después de la transición democrática española surgió un nuevo clima de amistad entre Madrid y Londres y se abrió el libre tránsito entre España y Gibraltar. Ahora ha vuelto la tensión y España ha tenido que imponer nuevas restricciones, por las inconsultas obras de infraestructura que emprendió el gobierno colonial de Gibraltar, al cual el señor Cameron quiere dar el carácter de *soberano*, a la vez que prepara un plebiscito de autodeterminación *nacional* de las 30 mil almas concentradas en 7 km² que componen la población del Peñón.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.